



# HUMANITAS

Anuario del Centro de Estudios Humanísticos  
— 2003 —

1933 - 2003 **UANL70** ANIVERSARIO

Edición 30

FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO Y  
SU HISTORIA ANTIGUA DE MÉXICO<sup>1</sup>

Prof. Israel Cavazos Garza  
Coordinador Sección Historia  
Centro de Estudios Humanísticos  
Universidad Autónoma de Nuevo León

No se disponía en México, en los dos primeros siglos de la conquista española, de una historia que, en forma general y continuada, comprendiera la relación de nuestro pasado. Existían crónicas de inestimable valor escritas por los conquistadores o los misioneros; anales de acontecimientos notables y cuadros más o menos explícitos del desenvolvimiento de la colonia.

Fue hasta las postrimerías del siglo XVIII cuando pudo contarse ya con una obra que viniera a llenar tan ingente necesidad y que, incluyendo lo hasta entonces conocido, "con excelente método, aceptable crítica y selecta erudición; limpia de fastidiosos textos y en estilo elegante"<sup>2</sup>, hiciera revivir ante los ojos de Europa y de la América misma, la cultura de los antiguos mexicanos y el trascendental acontecimiento de la conquista. Tal obra fue la *Historia Antigua de México*, de Francisco Javier Clavijero.

Este hombre de talento extraordinario cuyo nombre ha quedado inscrito en la historia de nuestra cultura, vió la luz primera en el puerto de Veracruz el día 6 de septiembre de 1731<sup>3</sup>. Tercer hijo de los once que hubo el matrimonio de don Blas Clavijero y doña Francisca de Echegaray; oriundo él de las

Montañas de León, España, y dama ella perteneciente a linajudas familias de la provincia de la Vizcaya, en la misma península.

La acomodada posición de su padre, hombre educado en Francia, y los cargos públicos que ocupó en distintos pueblos, permitieron al niño Francisco Javier recorrer tales regiones y, en su diaria convivencia con los indígenas, aprender sus dialectos, adquiriendo en ellos tal perfección que en veinte distintos escribió un devocionario y diversos poemas<sup>4</sup>. Dedicó especial atención al náhuatl, al otomí y al mixteco y, debido a su intensa aplicación, supo alemán, inglés, francés, italiano y otras lenguas vivas de Europa, aprendiendo asimismo hebreo y el griego que le fueron enseñadas por un jesuita alemán.

En los colegios de San Jerónimo y San Ignacio de Puebla cursó latinidad, retórica, filosofía, humanidades, teología y matemáticas y, merced a su inclinación por las letras, conoció desde muy joven las obras de Quevedo y Cervantes, Feijoo y Martínez de la Parra. El 13 de septiembre de 1748 ingresó a la Compañía de Jesús en el noviciado de Tepozotlán y cumplía apenas veinte años cuando paso al Colegio de la misma, en Puebla, profundizando allí "con gran lucimiento"<sup>5</sup> sus estudios filosóficos en la lectura de los textos de Aristóteles y de los modernos filósofos: Descartes, Newton, Leibnitz y otros. Estos libros eran considerados en el siglo XVIII peligrosos a la pureza de la religión, "pero los leyó —dice el P. Cuevas— no como están escribiendo autores ligeros de la actualidad a escondidas y de contrabando, sino con pleno conocimiento y anuencia de sus superiores"<sup>6</sup>.

Su basta erudición y admirable talento le llevaron al desempeño de las cátedras de letras y filosofía en San Gregorio y San Ildefonso, de México, y, nombrado prefecto de ese último centro de estudios, se propuso introducir algunos cambios en la enseñanza filosófica, no logrando verificarlos por ser inadaptables todavía en otros países europeos<sup>7</sup>.

Sus constantes tareas pedagógicas y las delicadas actividades de su ministerio no le impidieron cultivar su innata afición por la historia. El trato que en su niñez había tenido con los indios echó en su espíritu raigambres profundas de admiración y de interés por el pasado de la cultura mexicana, y fue siempre en el

preocupación constante el hurgar en informaciones verbales o antiguos manuscritos. Consultó muchas veces y veló celoso por la conservación de las celebres colecciones de documentos legadas a la biblioteca del Colegio máximo de San Pedro y San Pablo por aquel otro luminar mexicano, don Carlos de Sigüenza y Góngora, pudiendo decirse que de su lectura surgió la idea que más tarde realizara tan brillantemente.

Relevado de la prefectura a solicitud suya<sup>8</sup> fue nombrado profesor del colegio de Valladolid, siendo de alta significación el haber sido maestro de quien fuera después el autor de nuestra emancipación política, don Miguel Hidalgo y Costilla<sup>9</sup>.

Igual cargo desempeñaba en Guadalajara cuando, en medio del sentimiento unánime de México<sup>10</sup> se publicó el decreto de expulsión de los jesuitas, promulgado por Carlos III en 26 de junio de 1767<sup>11</sup>; primer peldaño, hacia abajo, de nuestras ruinas sociales<sup>12</sup>, y producto de la conducta seguida por el monarca español, tendiente a imitar a Francia y Portugal en muchos de sus actos de gobierno<sup>13</sup>.

No obstante la rigidez del mandato hubo tumultos mal reprimidos en el pueblo. Los ancestrales resentimientos entre españoles, criollos y mestizos, hubieron de cobrar proporciones alarmantes al sumarse, en años posteriores, a las ideas de insurrección surgidas del movimiento libertario de los Estados Unidos<sup>14</sup>.

La fragata "Ntra. Sra. del Rosario" llevó al padre Clavijero a su exilio. Después de inenarrables vicisitudes llegó a Ferrara, donde la mano generosa del conde Aquiles Crespi le franqueó su casa y selectísima biblioteca. Pasó luego a Bolonia a convivir con sus compañeros de infortunio. Casa de la sabiduría se llamó a la en que se albergaron tantos luminares del saber humano y "paladines de las reivindicaciones criollas", como tan atinadamente los llama Jiménez Rueda<sup>15</sup>.

Añorando a su tierra lejana, murió en 1787.

### Sus obras

De la fecundidad literaria del ilustre jesuita brotaron, además de las primeras colecciones de versos y oraciones que a guisa de ensayos en sus estudios de dialectos indígenas

escribiera en su juventud, diversos trabajos sobre temas literarios, históricos y filosóficos, la mayoría de los cuales han permanecido inéditos<sup>16</sup>.

Fue autor asimismo de otros dos libros que, si fueron impresos. Su opúsculo sobre la tradición guadalupana, basada en las antiguas relaciones del indio Valeriano y en otros celebrados documentos, fue publicado en Cesena en 1782<sup>17</sup>. *La historia de la California* vió la luz pública en Venecia en 1789 y tuvo una segunda edición en el castellano al iniciarse la segunda mitad del siglo XIX<sup>18</sup>.

Los cuatro libros que la componen empiezan a trazar el panorama geográfico de la península; dan luego una noticia histórica de las expediciones de Cortés a estas regiones y de las de otros conquistadores que intentaron su descubrimiento, pasando luego a relatar la entrada de los jesuitas a ella, el establecimiento de las primeras misiones y el martirio de algunos religiosos<sup>19</sup>.

Describe más adelante la vida de las misiones que en número de dieciocho fundaron y mantuvieron los jesuitas en aquella región durante los setenta años que las tuvieron a su cargo. Asienta la situación y número de moradores de cada una, y sus distancias entre sí; las penalidades de los misioneros que, educados en las grandes ciudades, hubieron de habituarse a convivir con aquellos hombres "recién sacados de la vida silvestre o cuando más con soldados ignorantes y rudos"<sup>20</sup>; el sistema seguido con celo infatigable por los religiosos en sus tareas de evangelización; su diario bregar con las tribus de indios para iniciarlas en la vida civil, religión y buenas costumbres; los frutos que sus trabajos tuvieron en tan dilatadas regiones; el modo de llevar la administración económica sin detrimento del real erario; sus repetidos viajes al Colorado y la organización militar de los presidios allá existentes; la restricción tan severa que la disciplina de los misioneros impuso en lo relativo a la pesca de la perla, permitida sólo a indios para su exclusiva utilidad<sup>21</sup>; noticias todas tomadas por el historiador Clavijero de las cartas de los padres Salvatierra, Piccolo y Ugarte, del *Diario* del capitán Lorenzo y de las *Noticias de la California*, escritas por don Manuel Vargas.

Pero su obra máxima, la que habría de consagrarle como verdadera gloria de la intelectualidad mexicana, pasear su nombre por el mundo literario de la Europa de su tiempo y darle celebridad, fue su *Historia Antigua de México*, monumento literario de la colonia<sup>22</sup> que, permaneciendo mucho tiempo sin rival<sup>23</sup> solo fue superada hasta que, por los procedimientos de la escuela histórica del XIX, se lograron corregir o aumentar los datos consignados en ella.

La afición del padre Clavijero por las cosas del pasado, su empeño en arrancar a los códices centenarios y a los amarillos y empolvados documentos sus secretos, es evidente que se constituyeron en móviles de sus tareas de investigador. La nostalgia de su tierra distante ejerció un influjo extraordinario en esta previa vocación, pero no cabe la menor duda que móviles más poderosos coadyuvaron a inclinar su ánimo por estos trabajos e hicieron surgir nuestra primera historia.

Celebrados literatos de Europa, constituyéndose en "pintores" de la América, presentando de ella al viejo mundo un cuadro trazado con los más negros colores. El naturalista francés de Buffon, fundando sus teorías "en la humedad e inmadurez del continente nuevo"<sup>23 bis</sup> lo relega a marcada inferioridad, describiendo a sus moradores, sin conocerlos, desproveídos del más ligero asomo de inteligencia y raciocinio; a sus animales en monstruosa desproporción y a los productos de su flora en exagerada anormalidad.

Secúndalo en sus argumentos Raynal y Robertson, y desde su gabinete en Berlín, el enciclopedista prusiano Cornelio de Paw, con sus *Reflexiones Filosóficas sobre la América*, no parece otra cosa sino que se propuso a hacer el catálogo de sus defectos.

Contra estas teorías antiamericanistas surge un bando formado de criollos cultos, novohispánicos en su mayoría. Con Clavijero aparecen Márquez, Alegre, Cabo, Maneiro, etc. Quienes heridos en su amor propio, se levantan contra aquella tempestad de diatribas. Su actividad por llenar su cometido es increíble. Abarcando distintas ramas del saber humano escriben obras de notable interés y, "asumiendo un aire de escritores profesionales —dice don Alfonso Reyes— se consagran, por una parte a poner en orden la tradición; por otra a edificar una

nueva conciencia pública, recogiendo las novedades del pensamiento europeo y dando expresión, a la vez, al sentimiento de un pueblo que se sabe ya distinto a la antigua metrópoli, que ha comenzado a llamarse patria<sup>24</sup>.

Es la conciencia de mexicanidad cuyos rasgos se observan desde los albores de la centuria anterior y que marca un distanciamiento perceptible entre el español nacido en América y el peninsular. Constándole a Clavijero lo contrario de tales falsedades, principalmente en lo tocante a la Nueva España donde tantos años ha vivido, decide demostrarlo al viejo mundo. Sin embargo de asentar en su obra que la dedica a sus compatriotas, no es difícil entrever que era otro su objeto por el hecho de escribirla en italiano. Bien seguro estaría de que sus compañeros o la posteridad se encargarían de verterla al castellano, ya que las mismas intrigas de la corte de España obstaculizaban su edición en este idioma.

Dos mil trescientas leguas le separan de las fuentes más directas para la labor que ha de echarse auestas, ello no obstante, se dedica a reunir lo que está a su alcance. Se vale de la erudición de sus compañeros, conocedores todos del pasado de México y que habrían de publicar así mismo sus celebres libros sobre asuntos de Nueva España. Ordena las noticias por él recogidas durante su residencia en México; devora con avidez las obras que llegan a sus manos; no escatima esfuerzos ni le arredran distancias por acudir a las bibliotecas de las principales capitales italianas, donde, debido a la antigua influencia española, se guardan códices, mapas, documentos y pinturas mexicanas; y, reuniéndolo todo, procede a escribir. Para el verano de 1780, logra entregar a Gregorio Blasini, impresor de Cesena, los tres primeros tomos de su "*Storia antigua del Messico*", y el último tomo al año siguiente.

El éxito más completo y la aceptación unánime del mundo literario coronaron el esfuerzo del sabio jesuita. Fue y ha sido tanta la celebridad de su obra que, de 1780 a nuestros días, sábase haber tenido 15 ediciones<sup>25</sup>.

Abre su libro con su dedicatoria a la Real y Pontificia Universidad de México. Se advierten rasgos de modestia que le llevan a Calificarlo un "ensayo", una "tentativa" escrita con el solo deseo de ser útil a su patria. Iniciada ya la lectura, queda

de manifiesto el despertar del sentido histórico del XVIII, al comenzar haciendo relación detallada de las obras que servirán de fuentes. Su lista comprende la enumeración de autores que se han ocupado del pasado de México, y es aquí donde se revelan el espíritu crítico del historiador y sus juicios y razonamientos para aceptar o rechazar la información que le proporcionan. Ve sinceridad en las cartas de Cortés y concede crédito a Díaz del Castillo; se sirve de los valiosos datos de López de Gómara, pero no se pone en el plan de éste de confiar en informes verbales sin comprobarlos o someterlos a la crítica. Desfilan por sus páginas los más destacados escritores, Asia descendientes inmediatos de indígenas como de la época de la conquista; cronistas de la corte ibérica o de las órdenes religiosas. Le disgusta las continuas digresiones de Herrera y "las relaciones pueriles y gran copia de erudición superflua del padre Torquemada"<sup>26</sup> y por cuanto al padre Las Casas, aunque muy respetable, se resiste a descansar en algunos puntos de la historia antigua de los mexicanos "por tan alterados y exagerados"<sup>27</sup>. El estilo de Antonio de Solís, no obstante su elegancia y pureza, le parece "algo afectado", y le conceptúa más que historiador, panegirista<sup>28</sup>.

Nuevo Alejandro<sup>29</sup>. Tiene más adelante lamentaciones por la desaparición de las obras históricas de los indios, a causa del excesivo celo de los primeros misioneros; e igualmente se duele de no disponer de los manuscritos de Sigüenza, para quien vierte elogiosos conceptos por sus inapreciables aportaciones al estudio de la ciclografía mexicana, genealogías de emprendedores, orígenes del hombre americano y otros temas de capital importancia.

No faltan en la bibliografía con que Clavijero inicia su Historia de las obras de los autores más notables de su tiempo, Gages, Raynal, Robertson, de Paw, etc., a quienes, como ya expresamos, pudiera decirse que consagra su obra.

Obedeciendo a la inquietud y criterio universalista del XVIII, que expansiona su campo de acción hasta comprender todos los aspectos de la vida de los pueblos<sup>30</sup>, hace el ilustre desterrado una "Descripción del Reino de México, su tierra, su clima, sus montes, sus ríos y lagos; sus minerales, sus plantas, sus animales y sus hombres". Se muestra conocedor de su

patria, pues aunque confiesa que la exactitud de su panorama geográfico no es muy rigurosa, da al lector una clara visión del inmenso mapa de Anáhuac, escenario en que tendrán lugar los hechos de su historia, notándose su preocupación característica de corregir la nomenclatura de los pueblos alterada por los conquistadores o por los historiadores que le precedieron.

Plinio, Dioscórides, Late, Ulloa, Buffón, Hernández<sup>31</sup> y poco más de veinte autores modernos y de la antigüedad, sirven de fuentes para su magistral enumeración de los ejemplares de la flora y la fauna mexicanas, a que añade las observaciones y estudios que de suyo hiciera en su juventud, conocimientos que le dan autoridad para refutar las discrepancias con que tropieza y "para restituir a su esplendor la verdad ofuscada por la turba increíble de modernos escritores de América", abunda EN expresiones irónicas para quienes se empeñan en hacer del Nuevo Continente una tierra en donde la naturaleza se mostró esquiva al prodigar los dones que dio al otro hemisferio. Cita ejemplos de autores europeos que se expresaron en sentido opuesto y que, señalando a la Nueva España como "el mejor país de cuantos circunda el Sol"<sup>32</sup>, aplicaron a la América las bellezas del paraíso, su acendrado nacionalismo y el recuerdo del solar nativo le arrancan de continuo frases plenas de sentimentalismo y poesía: ¡Qué clima más dulce y más conveniente a la vida! —exclama— que aquel en el cual se goza todo el año de las delicias de la campiña y la tierra se ve siempre adornada de yerbas y de flores; los campos están cubiertos de granos y los árboles cargados de fruto; el ganado mayor dispensando trabajos al hombre..."<sup>34</sup>

### La época precortesiana y la conquista

Fue el abate Clavijero el primero en hacer un estudio amplio y concienzudo de la cronología mexicana. Su pericia en traducir los códices e interpretar lienzos y pinturas indígenas, le permitieron establecer acertadas correcciones a los cálculos de escritores anteriores y precisar, con mas o menos exactitud, las fechas de los acontecimientos más sobresalientes de la época prehispánica.

Por cuanto a los orígenes del hombre en América, considero autores del tema de Sigüenza y Góngora y al caballero Boturini, celebrado investigador y coleccionista de antigüedades. No obstante simpatizar con el racionalismo de la filosofía moderna, y con las concepciones políticas y sociológicas que empezaban a introducirse, su carácter e investidura eclesiástica le hacen remitirse totalmente a los Sagrados Textos. Recoge las tradiciones de los aborígenes de Chiapas, Cuba, Michoacán y México sobre su relación en lo antiguo con los sucesos del diluvio, no pretendiendo aceptarlas y sólo sí que los pobladores de estos lugares, en extraña coincidencia, se decían descendientes de Noé<sup>35</sup>.

Respecto a la opinión que "con erudición exquisita" publicó Sigüenza sobre la predilección del Evangelio en América, por Santo Tomás, no habiendo conocido los manuscritos de aquel sabio se abstiene de hablar de ella, pero añade que no le conforma, "a pesar del respeto con que miró a su autor tanto por su sublime ingenio como por su vasta literatura..."<sup>36</sup>

Luego de exponer apreciaciones y conjeturas con fundamentos en la lógica y en la autoridad de la Escritura, acerca de paso del hombre y los animales a nuestro continente, acaba por admitir la antigua unión de las regiones septentrionales de la América con Europa o Asia<sup>37</sup>, sujetando su opinión "al juicio de los doctores cristianos y sabios; pero no al de ciertos filósofos incrédulos y caprichudos, que ni respetan la autoridad divina; ni hacen caso de las tradiciones humanas, ni quieren escuchar la razón"<sup>38</sup>.

El estilo que adopta para relatar los progresos del reino mexicano desde sus modestísimos orígenes hasta el esplendor y caída de Moctezuma II, es interesante y ameno. Su capacidad imaginativa revive con toda su grandeza y dramatismo las encarnizadas batallas en que el arrojo y la valentía de los contendientes decidía la estabilidad de un señorío; las solemnidades fastuosas de las consagraciones de los templos, en las que la sangre y sacrificios eran factores indispensables de su brillantez; los atinados "golpes de política" de los reyes mexicanos, o las tiernas escenas de familias y cuadros costumbristas; religión, industrias, juegos, trajes, etc., todo con

admirable maestría, pues dijérase que, en su mano, se convierte la pluma en el pincel del artista que con riqueza de detalles y realismo transporta al lector a vivir los hechos mismos que describe.

La sucesión cronológica de su obra y la preparación inteligente en capítulos anteriores de los sucesos que se desarrollan en el que le sigue, mantienen al lector en constante expectativa, y le permiten observar en el estilo el cambio tan notable que se operaba en el XVIII, respecto al barroco.

Con igual habilidad anima la narración de los acontecimientos que se empezarán a suceder desde el arribo de los navíos del conquistador Cortés, a San Juan de Ulúa, y a las playas de lo que dos siglos más tarde fuera su natal suelo. Saltan a la imaginación del lector el bullicio incesante del momento histórico. Los azorados ojos del nativo ante los anunciados de Quetzacóatl y el progresivo asombro del peninsular que a cada paso encuentra "mucho qué ver sus ojos y no menos qué destruir sus manos"...<sup>39</sup> Introduciéndose unas veces al palacio de Moctezuma o la los de los señores de sus dominios saliendo otras al encuentro de la incontenible marcha del audaz extremeño, tiene siempre al tanto al lector de lo que en cada lugar acontece. Pinta la zozobra del supersticioso rey de los mexicanos y la acogida que por astucia o por la fuerza van ganando Cortés y los suyos, hasta culminar con el sitio de Tenochtilán, "comparable -dice- en los estragos y lástimas, al de Jerusalem por las armas de los romanos"<sup>40</sup>. Tiene expresiones de elogio para los actos de valor de los españoles en las innumerables acciones guerreras que hubieran de librar, pero cobran relieves de epopeya los rasgos heroicos de Cuitlahuatzin y Cuauhtémoc y de otros tantos guerreros mexicanos. Son de notarse asimismo las observaciones que pone con frecuencia sobre la codicia y sed insaciable de oro de los conquistadores, haciendo significar que en las tentativas de paz hechas por don Hernando en vísperas del sitio, "inflúan no solamente la compasión de tantos miserables, sino también el deseo de apoderarse de los tesoros del rey y de los particulares..."<sup>41</sup> "su conducta artificiosa y doblada -dice en otra parte- demuestra sin duda su habilidad; pero sólo puede ser alabada de aquellos cortesanos que no conocen otra política que

el arte de engañar a los hombres que, prescindiendo enteramente de la honestidad, solamente buscan la utilidad de sus acciones"<sup>42</sup>.

Los apuntes genealógicos sobre las familias de Moctezuma y Cortés, así como las adiciones que hace en sus primeros libros para explicar algunas cosas notables, acusan al investigador paciente y erudito.

### Sus disertaciones

Por razón de composición, pero estrechamente ligadas con su obra, escribió independientemente el padre Clavijero sus *Disertaciones sobre la tierra, los animales y los hombres del reino de México*, "...el libro polémico y violento en muchos de sus capítulos"<sup>43</sup>.

Someramente nos hemos ocupado ya de las dos primeras (*Orígenes del hombre americano y Cronologías*). El objeto de las siete *Disertaciones* restantes, tiene -como el mismo Clavijero nos lo dice- a rebatir los errores maliciosamente propagados por autores diversos. La obra de Cornelio de Paw es "el principal blanco a que se dirigen mis tiros" -agrega- porque en ella como en una sentina o albañal se han recogido todas las inmundicias, esto es, los errores de todos los demás"<sup>44</sup>.

Salta a la palestra para lavar la afrenta que América recibe, desbaratando, uno a uno, los argumentos contrarios, al establecer comparaciones con el viejo mundo, sin recurrir a calificativos elogiosos para el suyo porque "...el que pondera apasionadamente a su país -dice- colocándolo sobre todos los otros, se parece más a un muchacho que pelea que a un literato que disputa"<sup>45</sup>. Cada uno de los animales más comunes de la Nueva España<sup>46</sup> es presentado en su exacta naturaleza. El suelo de México, tenido por "pestilente, inculto, vaciado y abandonado de sí mismo", resulta un paraíso al ir señalando los incomparables defectos del suelo de Europa y las plagas que le infestan"<sup>47</sup>.

Con crítica mordaz y llena de ironía, no son pocas las veces que "aconseja caritativamente" a de Paw y demás "humanísimos filósofos" se hagan conducir a un hospital"<sup>48</sup>, o que rebaja su lógica hasta la miseria de ciertos cuadrúpedos, objeto de la

discusión. La bibliografía que utiliza es abundantísima así y figuran en ella desde los autores coetáneos hasta los clásicos de la antigüedad. Investigador acucioso, salpica de rarezas y curiosidades sus Disertaciones con tanto ingenio y originalidad algunas de ellas, que provocan el interés o la hilaridad de quien las lee<sup>49</sup>.

### Defensa de los indios

Pero si para hacer tales impugnaciones trabajó hasta confundir a sus adversarios, no fue el menor empeño que puso en su Disertación en defensa de los indios, celebrada pieza literaria que le coloca entre los precursores de nuestra independencia, y que ha sido, a través de una centuria, fuente valiosísima para el estudio de la historia del pensamiento del siglo XVIII.

Viviendo en medio de ese movimiento intelectual que operaba con tendencias de acendrado mexicanismo en los humanistas de su siglo, el concepto patria es en el bien definido.

Hijo de padres españoles y sin ninguna consanguinidad con los indios, siente sin embargo la conciencia del problema del mestizaje y aboga por la fusión de las dos razas, europea e indígena, para el surgimiento de una nacionalidad<sup>50</sup>; proponiéndose para ello elevar al indígena al plano que le corresponde y restituirlo del derecho de autonomía política y cultural que el mundo de entonces le negaba<sup>51</sup>.

Si nada agradables habían sido los epítetos dirigidos a los productos de la tierra americana, mucho más denigrantes fueron los del indio. Con bases en argumentos infundados se dudó hasta de su racionalidad y esto fue lo que, exasperando los ánimos de Clavijero, le impulsó a salir a su defensa<sup>52</sup>.

Hecho un estudio profundo del tema<sup>53</sup> pudo estar en condición de probar que en nada diferían de las de los europeos las almas de los mexicanos y que, si alguna vez su especie había parecido distinta, debíase a que "una triste educación y una dura servidumbre no les habían permitido adquirir las luces necesarias para la conducta nacional de su vida..."<sup>54</sup>

El autor de las "Investigaciones filosóficas..." no encuentra otro caso como el de la decisión que "un italiano"<sup>55</sup>, en su afán de erigir obispados en las ricas provincias americanas "le agrado a él y al Espíritu santo" reconocer por hombres a los moradores de este continente y que, a no ser por ello, aun se les reputaría, como desde un principio, "por sátiros o monos grandes"<sup>56</sup>.

A tales injurias responde Clavijero con la presentación misma de la bula papal, encaminada no a otra cosa que "a sostener los derechos naturales de los americanos contra las tentativas de sus perseguidores" y originada por las continuas súplicas de los primeros obispos, en su afana de poner coto a los abusos de los encomenderos, "no menos poderosos que avaros"<sup>57</sup> ¡Cuánto mejor sería —dice más adelante— que el mundo estuviese habitado de semejantes sátiros, que no de hombres mentirosos y calumniadores!"<sup>58</sup>.

Tampoco podía permanecer indiferente al ver que se les tildaba de débiles, cuando él había visto "los enormes pesos que llevaban sobre sus espaldas" y cuando le constaba asimismo pesar sobre ellos todas las fatigas, en tanto que el europeo, desde los días de la conquista, gozaban de sus frutos sin ocuparse jamás de las faenas del campo..."<sup>59</sup>

### Religión

Serio y espinoso dilema se presenta al historiador Clavijero aplazar a tratar sobre la religión de los antiguos mexicanos.

La comparación histórica es el medio a que recurre para la realización de su objeto. El cotejo imparcial y erudito de la misma, con el concepto que los griegos, egipcios, romanos y otras naciones tenían de sus deidades, le lleva a la convicción de una patente supremacía de los primeros sobre aquellos cultísimos pueblos<sup>60</sup>. Sintiendo repulsión por nombrar los falsos atributos de sus divinidades, opta mejor por recomendar al lector que quiera conocerlos, acuda a la *Ciudad de Dios*, de San Agustín.

Divide su disertación en tres partes:

Pesa en la primera la multitud de dioses que aquellos pueblos consagraban al oficio más trivial, con los de los mexicanos que sólo uno eran dedicados, siendo siempre las



virtudes puestas bajo su patrón y no atribuyéndoles jamás influjo alguno en las obscenidades y pasiones del mundo. En confirmación de lo anterior escribió el Libro VI de su *Historia*.

Rastreado en la mitología mexicana y reuniendo no conjeturas ni fantasías, sino noticias dignas de todo crédito, logro el Clavijero hacer el catálogo de los números aztecas. Los de la providencia, el cielo y el aire; los de los montes, del agua, del fuego, de la noche y del infierno; y los de la guerra, del comercio, de la caza y de la pesca, con la descripción de cada uno y la veneración de que era objeto.

Para escribir sobre el carácter y afectos de los indios hubo de analizar primero sus creencias para constituir éstas, con la urbanidad y la economía —dice— los rasgos distintivos de una nación<sup>61</sup>.

Entrevió la idea, aunque vaga, que tenían los mexicanos de "Aquel por quien se vive"<sup>62</sup> y demostró hasta la evidencia sobre la inmortalidad del alma y sobre la eterna oscuridad o la vida deliciosa que Dios les tenía reservados en castigo o en galardón de sus actos de esta vida.

Resumiendo los datos de escritores antiguos describe la estructura y dimensiones del gran Teocalli. Introduce al lector hasta sus más vedados aposentos y le hace participar del horror que los iberos experimentaron con su diabólica vista. Parece percibirse el olor de la sangre que cubre el pavimento, y se alteran estas impresiones de la imaginación del lector las riquezas de los ornamentos sagrados, la magnitud de aquellos recintos o la satisfacción de contemplar, desde su eminencia, el panorama del valle de México que maravillara los ojos de los conquistadores<sup>63</sup>.

Da noticia de la prodigiosa cantidad de templos que había en el imperio mexicano; del número indefinido de sus ídolos; de las mortificaciones y austeridades que se hacían en su honor; y de la educación de los sacerdotes y demás individuos consagrados a su culto en los diversos seminarios y monasterios.

Ocho capítulos<sup>64</sup> de su libro VI están dedicados a enumerar y describir el esplendor y colorido de las solemnidades religiosas, con expresión del tiempo en que se verificaban. Una a una son escenificadas con realismo, considera el historiador a cada caso "los errores en que el entendimiento humano se

precipita cuando no es guiado por la luz de la verdadera religión"<sup>65</sup>.

Por este motivo, al hablar de la ceremonia que entre los antiguos mexicanos se explicaba con la palabra teocualo: "comer a Dios" y que se efectuaba en la tercera fiesta del dios Huitzilopochtli. No puede menos que atribuir a influencias del demonio su extraña similitud con el más venerable de los misterios del catolicismo<sup>66</sup>.

No desconoce la indecencia de algunas de las practicadas por los antiguos mexicanos, pero acaba por concederles menos puerilidad al revisar, aunque en forma somera<sup>67</sup>, las de otras naciones, pero hace significar aquella que entre los antiguos romanos se llamaba *tripidium*, consistente en la jaula de pollos que los ejércitos llevaban consigo y que consultaban antes de iniciar una batalla; atribuyendo a fatal augurio el que los pollos no comiesen de cierta pasta que les daban y pero aún si la comían fuera de la jaula, teniéndolo únicamente por bueno cuando lo comían ansiosamente.

Este caso hace afirmar al padre Clavijero en su opinión de que, los mayores absurdos toman proporciones de dogmas cuando las cosas de la religión se confían al humano entendimiento y le hace explayar su contrario sentir sobre este argumento, único que no ha podido aceptar de la moderna filosofía.

De buena gana el ilustre jesuita habría dejado reducidos a sólo estos puntos el escabroso tema de la religión. Distraer al lector de la agradable hilación de su *Historia* para presentarle un aspecto que, como el de los sacrificios humanos, es en el pasado mexicano estigma de crueldad y condenación, parecele contra su voluntad; pero las leyes de la historia<sup>68</sup> son inflexibles, y se ve precisado a acatarlas no obstante el horror que le causan los excesos a que llegaron los antiguos mexicanos.

No tiene ya en su contra las obstinadas aseveraciones de su adversario, de Paw, pues admite éste en el prefacio de su obra, la similitud de las prácticas religiosas de los pueblos americanos con las de las otras naciones del Viejo Mundo<sup>69</sup>. Sin embargo decide tocarlo, para sacar de su ignorancia a quines viendo la crueldad y superstición de los ritos aztecas, teníanlos a

novedad, cuando el pasado de los pueblos más cultos de la tierra presentaba iguales ejemplos.

Fundado en el testimonio de graves autores y recurriendo a la autoridad de los Libros Sagrados, no descansa hasta encontrar las pruebas fehacientes de que, al usar de la barbarie de los sacrificios, los antiguos mexicanos no hicieron otra cosa que "seguir las huellas de las más célebres naciones del antiguo continente, y que sus ritos no fueron más crueles ni más irracionales"<sup>70</sup>.

Los ejemplos que expone se remontan hasta los primeros tiempos de la humanidad. Fenicia, Egipto, Grecia, Italia y Francia; aparecen con su suelo ensangrentado por los sacrificios humanos, y de la misma España no escapa el índice acusador de Clavijero. Escudriñando en sus orígenes, encuentra prisioneros sacrificados en honor de Marte y, ofrecidas como primicias, colgadas sus pieles de los árboles<sup>71</sup>.

"¡Si los españoles que escribieron la historia del reino de México —agrega—, no se hubieran olvidado de lo que antes había sucedido en su península, no se hubieran admirado tanto de los sacrificios de los mexicanos!"<sup>72</sup> El número de víctimas, sin embargo de las exageraciones de muchos autores, no tiene paralelo con los de los pueblos citados; y aún sus austeridades y mortificaciones resultan opacas frente a las de los sacerdotes de Belena y de Cibeles o de los penitentes de la India y de Japón.

Sólo para su antropofagia no encuentra el padre Clavijero antecedentes que lo superen.

Y toda aquella crueldad, y aquella injusticia, y aquella superstición, fueron —dice el mismo abate— vengadas por Dios, que descargo su justicia divina en la miserable posteridad mexicana<sup>73</sup>. Esta explicación del sabio jesuita, se explica en su respeto a la misma autoridad de los Sagrados testimonios. De que Dios castiga los extravíos del hombre, cítanse en ellos innumerables testimonios.

La guerra, el hambre y la peste, son —según se lee en el Libro de Jeremías<sup>74</sup>— las tres principales manifestaciones de su ira. Y con ellas castigó a Sodoma y a Gomorra, a Jerusalem y a Babilonia.

Pero las explicaciones que mejor podrían aplicarse al castigo a que, según Clavijero, se hicieron acreedores los antiguos mexicanos, son aquellas dirigidas por Dios a su pueblo:

*"Vuestras lunas nuevas y vuestras solemnidades tienen aborrecidas mi alma; me son gravosas; cansado estoy de llevarlas. Cuando extendiereis vuestras manos yo esconderé de vosotros mis ojos; así mismo cuando multiplicareis la oración, ya no oiré; llenas están de sangre vuestras manos..."*<sup>75</sup>

### Notas Bibliográficas

<sup>1</sup> Ensayo inédito presentado como prueba escolar en el curso del Dr. Silvio A. Zavala, en el Colegio de México, en enero de 1949.

<sup>2</sup> LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN, citado por el P. Cuevas. *Clavijero Historia Antigua de México*. México. Editorial Porrúa, S.A. 1945, I, 13

<sup>3</sup> Fecha precisada por Romero Flores y citada por Moisés Ochoa Campos. *Clavijero Historia Antigua de México*. Biografía. Prólogo y Selección de M.O.C., México. Bibl. Encicl. Popular, No. 198, 9.

<sup>4</sup> LEDUC Y LARA PARDO. *Diccionario de geografía, historia y biografías mexicanas*. México, Bouret, 1910.

<sup>5</sup> JULIO JIMÉNEZ RUEDA. *Capítulos de historia y disertaciones*. México. Imprenta Universitaria, 1943. Prólogo, XXI

<sup>6</sup> "Nada más fácil para nosotros —agrega— que conseguir el permiso para leer libros prohibidos, cuando esta lectura es conveniente y aun necesaria para un hombre bien formado y profesor de filosofía, obligado a estar al corriente con los progresos de esta ciencia..." Clavijero, op. cit., prólogo IX.

<sup>7</sup> "Tienes razón —le había dicho el Provincial— en cuanto expones; pero no es tiempo de hacer novedades; yo te relevo del empleo, para que no violentes tus sentimientos ni atormentes tu conciencia". Ochoa Campos, op. cit. 12.

<sup>8</sup> MARIANO CUEVAS, prólogo citado, II.

<sup>9</sup> Ibid.

<sup>10</sup> "Todo el mundo los llora todavía y no hay que asombrarse de ello: eran dueños absolutos de los corazones y las conciencias de todos los habitantes de este vasto imperio". Carta del Virrey Croix a su hermano, Jiménez Rueda, prólogo citado, XVIII.

<sup>11</sup> "Pues de una vez para lo venidero deben saber los súbditos del gran Monarca que ocupa el trono de España, que nacieron para callar y obedecer y no para discurrir, ni opinar en los altos asuntos del gobierno —decía el decreto— " Ibid., XI

<sup>12</sup> MARIANO CUEVAS, prólogo citado, II

<sup>13</sup> JIMÉNEZ RUEDA, prólogo citado, IX

<sup>14</sup> Y que España acababa de firmar el Tratado de Paris, en 1783. Julio Zárate, México a través de los siglos, México, Publicaciones Herreras, S.A. sin fecha, III, 34

<sup>15</sup> JIMÉNEZ RUEDA, prólogo citado.

<sup>16</sup> Los más notables son: *Certamen poético para la noche de Navidad, Presentado al Niño Jesús. Curso filosófico, De los linajes de la Nueva España; Historia, geográfica y eclesiástica de México; De las colonias tlaxcaltecas*, y una traducción en versos castellanos de la *Imitación de Cristo*, de Kempis.

<sup>17</sup> Con el título de: "*Breve teggualgio dela prodigiosa y rinomata imagine dela madona de Guadalupe del Messico*".

<sup>18</sup> Ediciones de Nicolás García de San Vicente, México .1852.

<sup>19</sup> JIMÉNEZ RUEDA, prólogo citado, XXIX

<sup>20</sup> Clavijero, *Capítulos de historia y disertaciones*, México. Imp. Universitaria, 1943, 145.

<sup>21</sup> *Ibid.*

<sup>22</sup> JIMÉNEZ RUEDA, prólogo citado, XXVIII

<sup>23</sup> JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA. *Opúsculos y biografías*, México, Imp. Universitaria, 1943, 145

<sup>23 bis</sup> LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ. *Un Factor de la Independencia de México*. En estudios de Historiografía americana. México. 1948. El Colegio de México. 159

<sup>24</sup> ALFONSO REYES. *Letras del la Nueva España*, México, 1948, Fondo de Cultura Económica, 119.

<sup>25</sup> Tres de ellas en el siglo XVIII, diez en el XIX y dos en el actual, de estas ediciones una en italiano, una en alemán, cuatro en inglés y nueve en castellano; impresas en Cesena, Londres, Leipzig, Filadelfia, México, Jalapa, La Habana y Virginia. Ochoa Campos, op. cit., 20

<sup>26</sup> Clavijero, op. cit., prólogo al autor, 40

<sup>27</sup> *Ibid.*, 38

<sup>28</sup> *Ibid.*, 43

<sup>29</sup> PEDRO MEXÍA, *Diálogos*, Sevilla, 1570, 6. Lloró las memorias de Aquiles, escritas por Homero.

<sup>30</sup> ISABEL GUTIÉRREZ DEL ARROYO, "Abad y su Historia de Puerto Rico", en estudios de Historiografía americana. México, 1948. El Colegio de México, 17

<sup>31</sup> A este último lo llama "el Plinio de América"

<sup>32</sup> CLAVIJERO, op., prólogo el autor.

<sup>33</sup> *Ibid.*, IV, 125-27

<sup>34</sup> *Ibid.*

<sup>35</sup> *Obidit.*, IV, 23-25

<sup>36</sup> CLAVIJERO. *Capítulos de historia y disertaciones*, p. 19

<sup>37</sup> *Historia antigua...* IV, 54

<sup>38</sup> *Ibid.*

<sup>39</sup> Op. cit., II, 329

<sup>40</sup> Op. cit., III, 312

<sup>41</sup> *Ibid.*, III, 306

<sup>42</sup> *Ibid.*, III, 40

<sup>43</sup> JIMÉNEZ RUEDA, prólogo citado XXVII

<sup>44</sup> CLAVIJERO, *Capítulos de historia y disertaciones*, 12

<sup>45</sup> *Ibid.*

<sup>46</sup> Refiriéndose al Zenzontle, dice: "Pero aun cuando no hubiere en la América rui señor o jilgueros, que son estimados en Europa por el canto, le bastaría el sólo zenzontli o poligloto para no tener que envidiar a ningún país del mundo..." *Hist. Ant.*, IV, 185

<sup>47</sup> Señala a Paris 77 especies de chinches y, con relación al tributo de piojos que se pagaba en tiempos de Moctezuma, dice "Si algún soberano de Europa exigiese tal tributo de los pobres de su estado, no solamente sacos, sino navíos podría llenar". Op. cit., IV, 112 ss.

<sup>48</sup> Op. cit., IV, 305

<sup>49</sup> Datos estadísticos, medicinas, casos de longevidad, etc. Cita el obsequio que se le hizo al rey de España de un águila bicéfala encontrada en Oaxaca (I, 143) la construcción de un pueblo entero en sólo una noche; (IV, 314) y la original determinación de un londinense que se suicidó "por evitarse la molestia de vestirse y desnudarse todos los días..." (IV, 272)

<sup>50</sup> "No hay duda que hubiera sido mas sabia la política de los españoles, si en vez de conducir a México mujeres de Europa y esclavos de África, se hubiesen empeñado en fomentar de ellos mismos y de los mexicanos, una sola nación, por medio de enlaces matrimoniales". Clavijero, *Historia Antigua de México*, selección de Moisés Ochoa Campos ya citada, p.23

<sup>51</sup> *Ibid.*, 26

<sup>52</sup> "Ni la razón de compatriota inclina mi discernimiento en su favor, ni el amor de mi nación o el celo del honor de mis nacionales me empeña a condenarlos." I, 168

<sup>53</sup> "Observé atentamente su carácter, genio, inclinaciones y modo de pensar, y a mas de esto he examinado con mucha diligencia su historia antigua, su religión, su gobierno, sus leyes y sus costumbres. Después de una experiencia tan grande y de un estudio prolijo, por el cual me creo en estado de..." (Tomo IV, pp 257 y ss)

<sup>54</sup> Sobre este propósito dice más adelante "El que contemple el estado presente de la Grecia, no podría persuadirse que en ella había habido antes aquellos grandes hombres que sabemos, si no estuviera asegurado por sus obras inmortales como por el consentimiento de todos los siglos. Pues los obstáculos que tienen actualmente los griegos para hacerse doctos, no son comparables con os que siempre han tenido y tienen todavía los americanos" *Ibid.*

<sup>55</sup> Así llama de Paw al Papa.

<sup>56</sup> Bula de paulo III, 1537. IV, 247

<sup>57</sup> Op., cit., IV, 249.

<sup>58</sup> *Ibid.*, 251

<sup>59</sup> *Ibid.*, 257

<sup>60</sup> Citado por Clavijero, *Ibid.*, 394

<sup>61</sup> Op., cit., II, 61

<sup>62</sup> Conocían al Ser Supremo con el nombre de Ipalmenoani, o con el de Tloque Nahiaque: "aquel que tiene todo en sí". Op., cit., II, 62

<sup>63</sup> Del XXXI al XXXVIII, Lib. VI, t. II

<sup>64</sup> Op., cit., IV, 401

<sup>65</sup> Efectuábase en diciembre. Los sacerdotes hacían dos estatuas de Huitzilopochtli y su hermano con pasta de semillas y sangre de los niños; bendecíanlas solemnemente en medio del regocijo del pueblo y de los ayunos y efusiones de sangre. En la mañana del 20 efectuábase la procesión que, saliendo del templo mayor dirijíase al barrio de Teotlachco y, pasando por el Tlateotlco, Popotla, y Chapultepec, después de un recorrido que duraba todo el día volvía a la ciudad. El rey incensábalos ídolos de masa y enseguida se hacían los sacrificios. Conducida la de Huitzilopochtli a cierta cámara y después de velarla una noche, flechábala el jefe de los penitentes y, extrayéndole el corazón, dábalo al rey para que lo comiese. De la mitad del cuerpo que correspondía a los mexicanos, (la otra se daba al tlatelolcas), se distribuía en partes iguales a los cuatro cuarteles de la ciudad, donde, a su vez, se daba a comer en partículas pequeñas a los hombres. Op. cit., pp 168-70

<sup>66</sup> Por no fastidiar al lector.

<sup>67</sup> Op. cit., IV, 398

<sup>68</sup> "No atreverse a decir mentira, ni temer decir la verdad" Op. cit., I, 28

<sup>69</sup> Op. cit., IV, 391

<sup>70</sup> *Ibid.*, 405

<sup>71</sup> "Quien quisiere más ejemplos -dice- puede consultar a Eusebio de Cesárea, en el Lib. IV de *Preparacion Evangélica*."

<sup>72</sup> Ibid.,

<sup>73</sup> A raíz de la conquista, los mexicanos, "con todas las demás naciones que ayudaron a su ruina, quedaron a pesar de las prudentes y cristianas leyes de los monarcas católicos, abandonados a las miserias, a la opresión y al desprecio no solamente de los españoles, sino aún de los más viles esclavos africanos y de sus infames descendientes." Ibid., III, 314

<sup>74</sup> Cap. 29. 17

<sup>75</sup> Cap. I. 14, 15.

## LA ADVOCACIÓN Y LA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE MONTERREY

Prof. Tomás Mendirichaga Cueva  
Miembro de la Sociedad Nuevoleonesa de  
Historia, Geografía y Estadística

El 20 de septiembre de 1996 se celebró el cuarto centenario de la fundación de Monterrey. Entre los festejos conmemorativos, la noche del día 19 el señor cardenal don Adolfo Suárez Rivera, arzobispo de esta arquidiócesis, llevó a cabo la coronación pontificia de la imagen de Nuestra Señora de Monterrey, que preside el altar mayor de la catedral metropolitana.

Dos historiadores han querido demostrar el antiguo origen de la advocación y de la imagen de Nuestra Señora de Monterrey, sin conseguirlo: don Carlos Pérez-Maldonado y monseñor Aureliano Tapia Méndez.

Sobre el origen de esta escultura de la Inmaculada nada se sabe. Pérez-Maldonado afirma: "*Existe la tradición, aunque sin haberse confirmado, de que esta imagen fue traída a la capital del Nuevo Reino de León por sus fundadores*"<sup>1</sup>. Una década después asienta: "según se ha dicho —aunque no ha podido comprobarse— la trajo a estas tierras el mismo Don Diego de Montemayor"<sup>2</sup>.

Por su parte, monseñor Tapia Méndez opina: "*Se dice debe haber sido traída esta Inmaculada por los mismos colonizadores...*" o, quizás, "*llegada como regalo del Conde de Monterrey, en cuyo honor se fundaba la Ciudad...*". Añade que